

des de los anacoretas, que repartió sus bienes á los pobres, atesoró tantos méritos como los santos que existieron ó existirán hasta el fin del mundo; pero llega á cometer un pecado mortal, y todo queda perdido; nada de ello, si muere, se le toma en cuenta para la eternidad. Si nos compadecemos del labrador que ha visto asolar sus campos por el granizo, y del marino cuya embarcacion ha sido tragada por las olas ¡qué compasion no debemos tener á esa alma infortunada que á un tiempo pierde sus méritos, su gloria y su Dios. A la verdad, si acude al sacramento de la penitencia y obtiene perdon de su falta, renacen sus méritos, pero mientras siga en su deplorable estado, estos méritos son perdidos; mas aun no puede adquirirlos nuevos, y cuanto hiciese en estado de culpa de nada sirve para grangearle las recompensas eternas.» ¿Se puede dar pobreza mas humillante?

Ese enfermo además se halla atormentado de incomparables dolores; son los remordimientos que tiranizan el corazon del pobre pecador, y los remordimientos A. H., son la acusacion secreta é implacable de la conciencia, que, sin que la podemos acallar, nos atormenta y despedaza el alma cuando hemos delinquido. ¿Y qué mayor locura que buscar la paz tan deseada, queriendo fraternizar con esos enemigos que combaten en nuestro corazon, y que jamás capitulan con nuestros desvarios? ¡Ah! la imágen del crimen que de continuo se aparece al pecador como un fantasma aterrador, atormenta sin cesar, y espanta, sobre todo en la soledad, y cuando entra en conversacion consigo mismo; es aquella imágen fatídica que ponía en boca del primer fraticida estas palabras que revelan su tristísima situacion: «Todo el que me hallare me matará:» *omnis igitur qui invenerit me, occidet me.* Era que á través de aquel temblor convulsivo de todos sus miembros, de aquel aire atroz, ceñudo y furioso de su semblante, de que nos habla S. Gerónimo, mostraba Cain los remordimientos que despedazaban sus entrañas, y

que ponian en claro el estado triste en que se hallaba. Esa imágen es en fin, «el pecado mismo que estará siempre á las puertas, segun frase de la Escritura Santa, el pecado que estando siempre presente á la vista del pecador,» no le dejará vivir en sosiego, porque su conciencia será como un verdugo que le atormentará sin cesar, ó la pena del pecado le tendrá como cercado por todas partes y pagará luego su merecido,» segun dice un célebre espositor: *sint autem male, statim in foribus peccatum aderit;* y tal estado, ya comprendereis, A. M. que es demasiado violento y penosísimo para no temerlo, y su permanencia en él, una insensatez inconcebible.

El pecador por último, semejante al enfermo de que venimos ocupándonos, y á quien lo comparamos, es un incensato sino advierte el inminente riesgo que corre á toda hora de morir en su pecado, y por consiguiente de morir para siempre siendo precipitado en los abismos. Y á la verdad, A. H. M., ¿con qué seguridades de larga vida cuenta el pecador cuya vida es, segun leemos en la Sabiduría, «como sombra, y como mensajero que va corriendo, y como nave que pasa por el agua ondeante, de la cual luego que pasó no es dable hallar rastro, ó como ave que vuela atravesando por el aire, de la que ningun indicio se encuentra en el camino, ó como saeta despedida contra lugar señalado, que dividiendo el aire luego se cierra éste, de manera que no se sabe el paso de ella? ¡Ah! fijen por Dios su atencion los pecadores en aquella parábola de que nos habla S. Lucas en el cap. XII para que viendo desaparecer sus engañosas ilusiones, modifiquen sus pensamientos, y aprendan la cordura que les es indispensable para salir del estado tan funestísimo en que se encuentran. En esa parábola nos habla Jesus nuestro divino Maestro de un hombre rico, cuyo campo habia llevado abundantes frutos. Ese hombre pensaba entre sí y decía: ¿qué haré yo, porque no tengo en donde encerrar tantos frutos? Esto

haré, dijo, derribaré mis graneros y los haré mayores, y allí recogeré todos mis frutos, y mis bienes; y diré á mi alma: alma mía, muchos bienes tienes allegados para muchísimos años: descansa, come, bebe, ten banquetes. Mas Dios le dijo estas terribles palabras: Nécio, esta noche te vuelven á pedir el alma, esta noche morirás infaliblemente, ¿y lo que has allegado con tanto afán, para quien será? *¿stulte, hac nocte animam tuam repetunt á te; quæ autem parasti, cujus erunt?*

Nécio llama Dios, A. H., al hombre rico que puso toda su confianza en las riquezas que habia atesorado, dando entrada en su corazón al funesto pecado de la avaricia. Nécio llamaremos también nosotros al pecador que, fascinado por el brillo deslumbrador de los honores, de los altos puestos, de las ambiciones exageradas, todo lo atropella, sin reparar en los medios para conseguir los aplausos que tanto lo envanecen, no teniendo presente que esas ambiciones podrán eclipsarse cuando menos piense, rodeándolo la noche de la muerte con sus sombras pavorosas: *stulte, hac nocte animam tuam repetunt á te.* Nécio el pecador que, infatuado por el poder ó por sus riquezas, por su sabiduría, ó por sus dotes corporales, rinde ominoso culto á la soberbia, menospreciando á sus hermanos, abatiendo al pobre y al humilde, avasallando á la viuda y al huérfano, insultando á los demás con su lujo y su boato, y con su locas pretensiones, sin pensar que su soberbia podrá trocarse súbitamente por la repugnante mortaja de los difuntos y por el imponente silencio de los sepulcros: *stulte, hac nocte animam tuam repetunt á te.* Nécio el pecador que, seducido por los halagüeños placeres, aturdido por la insensata gritería de los festines, del juego y de los espectáculos, agitado por los deleites carnales, corre precipitadamente tras unos goces tan momentáneos como criminales ¡desgraciado! la muerte tal vez lo sorprenda entre el ruido de la orgía; ¿quién sabe si una mano misteriosa escribirá en las paredes del teatro de sus devaneos

una sentencia tan funesta como la que leyó Baltasar en la sala de su banquete? ¿Quién sabe si sus impuras alegrías serán interrumpidas impensadamente por la muerte que venga á visitarlo para hacerle comparecer ante el tribunal de Dios? *stulte, hac nocte animam tuam repetunt á te.*

Si tales, A. H. M., el estado del pecador, que con razón sobrada podemos llamarle lamentable, desgraciado por su malicia y su locura; por su malicia, porque ofende á un Dios infinito que lo ha creado y lo ha redimido, porque él es «un miserable gusano de la tierra,» como decia de sí mismo David y porque lo ofende por unas satisfacciones que jamás podrán contentar su corazón; y por su locura, porque loco puede llamarse el pecador que con sus rebeliones se reduce á la mayor indigencia, sufre incesantemente el torcedor de los remordimientos, se halla espuesto sin cesar á perder su alma por toda una eternidad; permitidme que para vuestro bien os reconenga con las mismas palabras de ese Rey penitente que acabo de citar: «¿por qué, desgraciados pecadores, amais todavía la vanidad, y buscáis sin descanso la mentira,» *ut quid diligitis vanitatem, et quæritis mendacium?* ¡Ah! entrad, entrad dentro de vosotros mismos, y comprended alguna vez con S. Agustín que «nuestra alma ha sido criada para Dios, y que solo en Dios puede encontrar la quietud, la paz, la felicidad que apetece.» Si amais y deseais esta paz dichosísima, buscad á Dios en el cumplimiento de vuestros deberes respectivos; y si la muchedumbre y gravedad de las culpas os detiene, acogeos á María, refugio de pecadores, y esta Señora os alcanzará misericordia y gracia; llegad confiadamente á su trono de clemencia: *adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno;* gracia y misericordia que debemos esperar de su maternal corazón, y que os deseo á todos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo por todos los siglos. Amen.